

Payaso, soy un triste payaso

Víctor Lechuga

La desdicha es mi nuevo dios, de otra forma no podría explicar el funcionamiento del mundo. Se los contaré. Soy un triste payaso, se suponía que las cosas no fueran así, cuando inicié en el oficio tenía una buena intención, me parecía que un bufón realizaba la misma labor que el poeta a un nivel más profundo, por no decir divino. Una risa significa llevar al espectador a un grado supremo de felicidad, tan perfecto y pleno que solo puede durar unos segundos. Entonces cuando tenía que tomar una decisión, no encontré mejor profesión que ser payaso.

Mi tarea se pervirtió, mi búsqueda interna pronto se desvió a ocultar con carcajadas mi desilusionada alma rota. Puse mucho esmero en mi ideal de felicidad, pero por más que lo intenté resultó inoperable. Vivimos en tiempos enfermos, carentes de espiritualidad. La risa inocente y la embriagadora felicidad ya no complacen a nadie. Lo que todos desean es humor lacrimógeno, chistes que quitan la fe a todo esfuerzo humano, una carcajada voraz que salpique sangre. En pocas palabras, la ironía se volvió la única forma de compartir algo de felicidad al público. Era raro que me contrataran para presentarme en alguna fiesta, y si montaba mi espectáculo en la calle la policía me golpeaba. No me quedó de otra que hacer mi acto en autobuses, contar chistes a un público que por fuerza los oía y por pena me daba alguna moneda.

Creí que era una mala racha producida por otras malas rachas, me parecía imposible imaginar un mundo en que el payaso estuviera desplazado. Además yo era joven, podía soportar un par de días de sufrimientos. Seguí por muchas jornadas, paciente de que los tiempos mejoraran; por más que esperé las cosas seguían igual. Desistí de mis ilusiones cuando experimenté el mayor de los pesos de una vida precaria. Mis dientes se sentían rasposos, siempre tenía hambre y mi sonrisa era forzada. Cada día las personas me veían con más y más lástima, había perdido toda la gracia. Aunque nunca me gustó asumir mérito por los recursos extratécnics del humor, lo cierto es que, si nunca me sumaron, ahora me restaban: mi traje grisáceo y mi peluca nido de arañas no podían hacer reír a nadie.

Si las masas querían tristeza y desesperación en mala fantasía me volvería a un oficio que desprecié por mis ideas elevadas: me convertiría en escritor. El proceso era largo, tenía que escribir una buena historia, mandarla a Dios, esperar que la leyera y que decidiera modificar mi destino.

Una tarea que implicaba mucha desesperación burocrática; sin embargo, si funcionaba iba tener un buen milagro. Así que cada tarde que llegaba deprimido a casa, con los bolsillos vacíos y los ojos llenos de ojeras, en lugar de dormir, escribía tanto como podía. Cuando terminaba reescribía y después corregía, Dios no modificaría el devenir de las cosas por un mal cuento. Esa fue mi vida hasta que un día me vi en un espejo y, ahora sí, parecía que no tenía juventud; tomé mi mejor historia y estuve dispuesto a enviarla a los cielos, ya como estuviera.

Camino a la iglesia vi a un niño haciendo malabares bajo un semáforo. Yo tuve la suerte de vivir en un buen hogar, pude decidir sobre mi destino cuando era adulto y sabía el tipo de vida al que me estaba metiendo. Por otra parte hay niños que aun con padres son huérfanos, se creen muy listos, toman una decisión precipitada suponiendo que pueden aprovechar más la vida si se saltan la escuela. Ese niño estaba famélico, con las mejillas sucias y un corte de cabello tipo militar, demasiado corto, tal vez para no lavarlo en un buen tiempo. Al verlo se podía predecir con facilidad su poco futuro. Yo era un payaso, le debía una sonrisa por deber social. Le di mi historia, le dije que la llevara a una iglesia a cambio de algo de dinero, un poco más de lo que recolectaba en cada semáforo rojo, qué importaba, la prosperidad estaba próxima para mí.

Pasaron seis meses y ahora soy mucho más miserable que en ese momento. Ese niño es un gran escritor, muchos dicen que el futuro de la literatura. En cambio, a mí no solo me miran ojos agobiados, también tienen algo de odio, de miedo, de terror, de asco. Todo por culpa del último éxito editorial, una novela de terror (que antaño fue una sentimental autobiografía) sobre un payaso asesino, alienígena, acosador, psicópata, perverso, comunista, impío, pero jamás alegre.